

novelas seguían la pauta del costumbrismo-realismo de la época. Hoy ya casi nadie recuerda sus novelas *La Cigarra* (1879), *Don Juan Solo* (1880), *El tren directo* (1880), etcétera, pero su nombre no se ha olvidado por completo, gracias a su labor periodística y a sus relaciones amistosas con autores de primer orden, especialmente Galdós⁸.

En el capítulo tercero («En que se precipitan los acontecimientos»), firmado por Miguel Ramos Carrión, la condesa paga a un hombre por haber sustituido con un cadáver del hospital el cadáver de Santurce que ella y el Dr. Antesfakire habían sacado del depósito judicial. La señora se dirige a un pabellón en el jardín, donde un antiguo servidor, Francisco, le informa que Julián Santurce sólo ha logrado articular tres palabras: *mamá*, *chacha* y *teta*, como un niño de pocos meses. El infeliz no ha perdido su varonil belleza, pero sigue con la cabeza al revés. A solas con Julián, Tarsila lo besa y le declara su amor, pero sale despavorida cuando escucha las tres palabras del pobre idiota.

A la misma hora en que ocurrió la escena anterior, Marcelina, la doncella de la condesa, se despide de Elena de Coto-Cerrado después de prometerle cumplir con su encargo. El plan de Elena consiste en que a las doce de la noche llegarán unos hombres a la puerta del jardín para llevarse a Santurce, mientras que Marcelina distrae a Francisco. Tan pronto como se marcha la criada, Elena escribe el recado siguiente: «Jaramago: Dispón a toda tu gente para salir mañana. Ven a verme esta noche con cuatro de tus compañeros. Te preparo un negocio que pagará con creces todo cuanto te debo. Azucena.»

El tal Jaramago resulta ser un gitano, jefe de una compañía ambulante de circo. En el tren llevan al marqués de Santurce, tapado con una manta. Al llegar a Ciudad Rodrigo, Jaramago piensa mandar pintar un gran cartel que diga lo siguiente: «Fenómeno nunca visto: El hombre de la cabeza al revés. Entrada, un real. Niños y soldados, cuatro cuartos»⁹.

Miguel Ramos Carrión (1848-1915), sainetero de positivo ingenio, escribió una novela corta, *Zarzamora* (1899), comentada por Leopoldo Alas en *La Publicidad* (Barcelona), número 7.853 (28-III-1899). Entre sus libros de zarzuelas destacan *La tempestad* (1882) y *La bruja* (1887), ambos para música de Chapí. Su comedia *Zaragüeta* (1894), escrita en colaboración con Vital Aza, tuvo gran éxito; en 1920 y 1924 la Editorial Heath, de Boston, publicó una edición escolar para alumnos norteamericanos. Clarín, a quien parecía agraderle mucho su zarzuela *Los sobrinos del Capitán Grant* (1877), le dedicó una semblanza en *Madrid Cómico*, recogida en *Palique* (Madrid, 1894), págs. 295-303.

Segovia Rocaberti, el autor del capítulo cuarto («En que se explican ciertos antecedentes que, al parecer, son de gran importancia»), retrocede la historia algunos

⁸ Véanse, por ejemplo, los trabajos de RUTH A. SCHMIDT: «Ortega Munilla y sus novelas», *Revista de Occidente*, Madrid, 1973, y J. O. M.: «Friedn, critic and disciple of Galdós», *Anales galdosianos*, vol. VI, págs. 107-111, 1971. En 1976, la Ed. Cátedra reeditó la novela *Cleopatra Pérez*, Madrid, 1884, con prólogo de Juan Ignacio Ferreras.

⁹ El capítulo de Miguel Ramos Carrión aparece en *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 171, págs. 3 y 6, 29-V-1886.

años para explicar las relaciones de Elena, mujer aristocrática, con Jaramago, aquel gitano de tan baja estofa, así como la fatalidad que colocó a Elena frente a frente de Tarsila, la condesa de Jaral.

Un conde visita la gruta de Jaramago y su pandilla, en la sierra de Córdoba, para pedirle que sus hombres le ayuden a secuestrar a cierta chiquilla. Seis bandidos se ponen en seguida a las órdenes del conde; Jaramago no puede acompañarlos porque la guardia civil le había herido un pie. Los secuestradores tardan poco tiempo en traer a la dama y ponerla en los brazos del conde. Aquella mujer era Elena de Coto-Cerrado; su raptor, el conde de Jaral, padre de Tarsila, la fundadora y presidenta de la asociación de Las Vírgenes Locas.

Al ver a Elena, Jaramago lanza un grito de sorpresa y se interpone entre la víctima y su verdugo. El jefe de la cuadrilla explica que seis años atrás, cuando él y su madre habían sido rechazados en ventas y caseríos, sólo una niña, Elena, había mostrado compasión por la gitana enferma y vieja. El conde del Jaral se retira mientras los bandidos deciden trasladarse a Madrid, ahora bajo la protección de Elena. En la corte ésta conoce a Tarsila, la hija del conde del Jaral, y que por odio le disputó el amor de Santurce¹⁰.

Enrique Segovia Rocaberti (m. 1910), como casi todos los demás autores de esta novela, fue asiduo colaborador del *Madrid Cómico*. Escribió las comedias *El indiano* (1887) y *La comedia de Alarcón* (1878), y por lo menos dos novelas, *La Giralda* y *Las gemelas* (1886).

En junio de 1886, cuando Sinesio Delgado se ocupaba en buscar quien continuara *Las vírgenes locas*, recibió un capítulo anónimo. El capítulo quinto («En que, por fin, se presentan las verdaderas Vírgenes locas, aunque tarde y con daño») apareció en dos partes: la primera, sin número ni firma, en el número 173 (12-VI-1886), y la segunda, firmada con el seudónimo de «Flügel», en el número siguiente, del día 19. «A mí se me figura conocer la letra y el estilo», afirma Delgado, «pero me guardaré muy bien de decirlo. Veremos en qué para esto»¹¹.

El capítulo anónimo toma un sesgo completamente distinto. Octavio Ortega y Carrión, nacido en el pueblecillo italiano de Rocaberti, está muy desconcertado con las cuartillas de su novela, *Las vírgenes locas*, que había empezado a escribir la noche anterior. Decide consultar el caso con su editor, Salustio Durante, en un despacho que parece un templo consagrado al silencio. Como Salustio Durante es, sin duda, anagrama de Sinesio Delgado, no estaría de más copiar su retrato: Cincuenta años de edad, ojos azules, pequeño, delgado, pálido, nervioso, de rostro siempre risueño, la frente ancha, llena de arrugas, inquietas y complicadas, y parece un cómico retirado.

El generoso editor, después de leer las cuartillas de Octavio (es decir, los cuatro primeros capítulos que los lectores del *Madrid Cómico* ya conocían) apacigua los temores del novelista con las palabras siguientes: «Lo principal es que usted sabe escribir. Cada capítulo de éstos tiene su mérito particular; en unos hay invención; en

¹⁰ Para el capítulo de Enrique Segovia Rocaberti, véase *Madrid Cómico*, vol VI, núm. 172, págs. 3 y 6, 5-VI-1886.

¹¹ Nota de Sinesio Delgado en *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 173, pág. 3, 12-VI-1886.

otros, interés; en otros, gracia, estilo en los más. El error principal está en que usted ha creído que era un capricho, una extravagancia, el pie forzado del título *Las vírgenes locas*; se habrá usted dicho: ¿qué significa esto?, ¿qué se propone don Salustio con título semejante? Y se dio usted a inventar extrañas aventuras, y riéndose de sus mismas invenciones, las complicó por una especie de ironía del buen sentido, hasta hacerlas de imposible solución»¹². Tras una breve pausa y otras observaciones, añade: «Esto ha sido un experimento... La realidad ofrece siempre los mejores argumentos; en esto tienen razón los que tanto alborotan con su nueva literatura. *Las vírgenes locas*, que a un muchacho de ingenio como usted no le ha sugerido más que una fábula entrecortada de absurdos, son, sin embargo, una realidad tan fatal y tan lógica como todas las realidades; *Las vírgenes locas* es el título natural, inmediato, único de un libro... que si algún día se escribe, será para mí el más interesante del mundo. Las vírgenes locas existen, amigo mío... Viven conmigo, son mis hijas»¹³.

Resulta punto menos que imposible identificar al «Flügel» que firmó el capítulo quinto. Por lo visto se trata de un novelista o crítico literario inteligente, ansioso de cortar el descabellado vuelo que la narración iba tomando. ¿No sería acaso el mismo Delgado? Por el estilo y las ideas, nos inclinamos a sospechar que este capítulo lo escribió Clarín antes de dar comienzo a su propio relato; después de todo, la palabra alemana «Flügel» significa «Alas».

Mas bien que continuar la historia, lo que ha hecho es presentarnos al novelista y al editor en el acto de empezar una novela nueva, la de ellos mismos.

Una semana más tarde, el director de *Madrid Cómico* insertaba el aviso siguiente: «A la hora de cerrar este número, no ha llegado a nuestro poder el capítulo VI de *Las vírgenes locas*, encargado a Clarín. Las comunicaciones con Oviedo son tan pesadas y dificultosas que sólo a ellas puedo atribuir la falta... Se publicará irremisiblemente en el número próximo»¹⁴.

El capítulo de Leopoldo Alas, el más extenso de todos, apareció en los números 176 a 178 (3, 10 y 17 de julio de 1886) bajo el título de «Un paraíso sin manzanas». Ortega acompaña a Durante por vestíbulos estrechos y cámaras blancas cuyos muebles tienen nombres en griego. El editor explica que su esposa murió al dar a luz a dos hijas gemelas, Cristina (o Elena, como ella prefiere llamarse) y Carmela, ambas de escultural hermosura. Educadas en un «irreprochable idealismo armónico», se han vuelto locas. Carmela está enamorada de Jesús y sufre de arrebatos místicos; Elena ha leído *La lógica*, de Hegel, y suspira por el amor humano, con tal de que sea ideal o platónico.

Se abre la puerta del jardín y bajo el dintel aparecen las dos figuras blancas, altas, esbeltas, arrogantes, unidas por las manos. Al ver a Octavio, Carmela palidece y sale al jardín; Elena se sienta a su lado, envolviéndole en una atmósfera de insidiosa voluptuosidad. Según Elena, su hermana debía estar en un manicomio. Las dos viven encerradas en esta casa griega o convento, donde Carmela viste de monja y Elena cree ser una encarnación de la Venus Urania.

¹² *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 174, pág. 6, 19-VI-1886.

¹³ *Idem*.

¹⁴ Nota de Sinesio Delgado en *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 175, pág. 7, 26-VI-1886.